

FORMAS DE PENSAR LA POLÍTICA

Pocas personas llegan a poner tanta atención en la política como un pensador de la república. El filósofo del poder es el único congénere del que se puede decir hoy que vive «para» la política, entendida no como poder para sí o los suyos, sino como liberación del poder, como libertad para los demás. Sólo los que viven «de» ella —políticos de partido, profesores de ciencias morales y periodistas de la vicisitud política— le dedican el mismo tiempo. Aunque con muy distinta tensión y calidad de pensamiento.

Todos los profesionales de la política obedecen a una vocación asalariada, que necesita para desarrollarse la ocupación de un cargo. El escritor, libre de cargos, percibe la maldad de las instituciones, porque quiere que se reformen en sentido contrario a los poderosos, pero no pierde el tiempo en el análisis de las conductas malevolas —previsibles por ser meros efectos de causas institucionales— de quienes se sirven de sus cargos para abusar del poder. Cuando se acaban los ideales políticos, ya no se piensa según el modo personal de contribuir al producto social, que era la creencia marxista, sino según el cargo que se ocupa. El político profesional piensa, por instinto de dominación, con el cargo que ostenta o que pretende. El profesor piensa, por reflexión abstracta, con las ideas pasadas que legitiman su cargo educativo; el periodista piensa, por intuiciones concretas, con las apariencias o rumores que su cargo informativo le ofrece.

De estas formas profesionales de pensar, la menos cargante y más cercana a la realidad es la del periodista. Si es sincero, no se equivoca en lo que ve. Pero explica todo, lo superficial y lo profundo (que confunde con los resultados electorales, como si el pobre pueblo fuera libre de elegir a sus diputados), por meras causas personales. El pensamiento más cargante, el del profesor, cuando no aprende fuera de la cátedra que son los hechos los que producen ideas, sigue en la creencia platónica de que las ideas proceden de las ideas y generan ideas. Y explica la Constitución por el sentido histórico, casi siempre ignorado, de sus palabras. No por el formalismo que asegura la impunidad de los gobernantes y la falta de libertad política de los gobernados. La mentalidad universitaria produce así ciudadanos ciegos ante la política y sucesivas generaciones de profesores platónicos. El idealismo de las formas, que además no se pueden cumplir, suplanta a los ideales. Síntesis exacta del tonto moral.

La forma de pensar del político profesional, si tiene alguna, consiste en el hábito de no pensar en las consecuencias para el pueblo de lo que realmente hace, sino en calcular las ventajas electorales de lo que parece que está haciendo. Las imágenes creadas por los equipos de propaganda constituyen su realidad. Su pensamiento, que era instintivo ante la conquista del poder, se torna reflexivo tan pronto como entra en el mundo ficticio de las imágenes de partido. La mentira de la imagen del poder sale del orden cosético, que tenía en la oposición, para alcanzar la dimensión de una forma de gobierno. Síntesis perfecta del listo inmoral. Que sería imposible de



realizar sin la complicidad del oligopolio editorial que fabrica la opinión pública.

Quedan, por fin, las formas de pensar del escritor político. La científica, de Maquiavelo y Motesquieu, tiene vigencia para el conocimiento de la relación entre formas de gobierno y libertad política. Por ella sabemos que ésta no puede existir en ningún régimen de tipo oligárquico. Sea de plutócratas o de partidos, como en nuestro sistema. La ideología, de Rousseau y Marx, nos ha enseñado que ningún partido —por democrático que sea, puede representar la voluntad general, ni garantizar la libertad desde el Estado. Esos genios no agotaron, sin embargo, el pensamiento político. Gramsci abrió el camino al conocimiento de la hegemonía en la sociedad civil. La cercanía de este camino al de formación de la opinión pública nos permitirá desarrollarlo y aclararlo con reflexiones sobre la batalla, en los medios, por la conquista de la hegemonía. Así cazaremos el sentido objetivo del «cebianismo» y del «pedrojetismo», del que sus ambiciosos protagonistas no son más que inconsistentes instrumentos.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

EN EL REINADO DE LO EVENTUAL

¿Cómo un joven en estos días puede encontrar un lugar en nuestra sociedad y organizar su futuro? Una leyenda helénica nos cuenta el modo en que Proteo, dios de los vientos, fue apresado por Menelao y sus compañeros, deseosos de llegar a buen puerto, y, entonces, tratando de escapar y guardar su secreto, la divinidad marina recurrió al ardid de transformarse múltiples veces en león, serpiente, pantera, jabalí, agua corriente y frondoso árbol. La sociedad actual no pide a nuestros jóvenes transformaciones tan espectaculares, pero sí, más modestamente, que un día sirvan mesas como camareros y otros trabajen de secretarías, que, al siguiente, corrijan pruebas de imprenta, y semanas después, recorran domicilios realizando encuestas, para pasar a pegar carteles en las paredes o transportar paquetes. Todo ello independientemente de los estudios que hayan podido realizar. Cuando en un empleo u otro se hayan cumplido los requisitos, se podrá cobrar, también temporalmente, el seguro de paro. Es el panorama y las delicias de una sociedad triunfal que ha destruido el mercado de trabajo.



Semejante destrucción produce dos grandes proyecciones. Una de ellas es la de los trabajadores y trabajadoras que después de largos años de dedicación y especialización, en nombre de los reajustes, solem-

ne y capciosamente bautizados como «racionalización», son expulsados del trabajo con una precaria compensación. Heidegger decía que el hombre era un ser «arrojado al mundo». Ahora en una insólita reelaboración habría que afirmar que es un ser arrojado a «la puta calle», como el título de la película que recordaba en mi artículo anterior. Las consecuencias de esta situación son fáciles de comprender y corresponden a las que hace algún tiempo me explicaban algunos amigos psiquiatras en Bilbao: la sensación de inutilidad y frustración, de marginación y pérdida de la autoestima, de refugio en el alcoholismo o la droga.

El otro efecto es el que alcanza a quienes buscan un primer empleo. O, perdido el que disfrutaban y sudaban, todavía buscan otro. Y se encuentran con este mundo laboral caprichoso y versátil. Ahora me viene a la mente otra película en que a un profesional de la publicidad expulsado de su trabajo, cuando viene a solicitar otro, en la oficina de empleo, le preguntan por su experiencia en el manejo de maquinaria agrícola o en la conducción de camiones de gran tonelaje, y —a partir de aquí podríamos todavía fantasear más— si carece de semejantes habilidades se le interroga por su capacidad para animar fiestas, actuando como payaso.

Si las consecuencias del paro en un trabajador veterano nos aparecían como depresión, ahora nos encontramos con un fenómeno nuevo y que crecientemente se difunde por nuestra sociedad: el de vivir «a salto de matas». La inestabilidad, la improvisación, la metamorfosis como forma de vida. Y a esta situación básica, producida en el mercado de trabajo se añaden otras que la refuerzan. Los incesantes estímulos hacia lo inmediato y pasajero, la obsolescencia de los productos, la fugacidad de las imágenes que cruzan por la televisión, la irresponsabilidad del fácil encuentro erótico. Es el reinado de lo efímero.

La filosofía de la existencia y de la vida insistió en la primera mitad de nuestro siglo en la idea de proyecto para entender y definir la realidad humana. Pero, dada la importancia del trabajo en nuestra arquitectura vital, ¿cómo es posible construir un proyecto de vida en las circunstancias actuales, en un universo evanescente, en que las sólidas realidades en que necesita apoyarse un programa de vida se han fundido? Al parecer sólo la minoría de los yuppies, a cuchilladas, por demás entre ellos, pueden aspirar a una profesionalidad estable. Los demás chapotean desesperadamente en la charca de la improvisación, tratando de salir de ella.

Carlos PARIS

LA REUNIFICACIÓN

La escena se produjo en una comisaría de una localidad del norte de España. Varios individuos pertenecientes a los llamados «grupos Y» que se dedican al terrorismo callejero y que, en su inmensa mayoría, pertenecen a la organización proetarra Jarrai, se disponían a prestar declaración tras haber sido detenidos por su implicación en diversos actos delictivos. Uno de los agentes preguntó a uno de los detenidos los motivos por los que había decidido involucrarse en la «kale borroka» (terrorismo callejero). La respuesta no pudo ser más rápida y contundente:

—Porque estamos luchando por la reunificación de Euskal Herria.

—¿Pero Euskal Herria estuvo alguna vez

«reunificada»? preguntó el agente.

Con la misma firmeza y rotundidad, el joven proetarra contestó: «Yo pensé que ya sabrías. Los territorios de Francia, Lapurdi, Zuberoa, Nafarroa (Navarra) y Vizcaya, Araba (Álava) y Guipúzcoa estaban reunificados en Euskal Herria a principios de siglo».

—¿Y qué pasó?, inquirió el agente.

—Que llegó Franco, hizo la guerra civil y nos separó.

La anécdota, dicen a Juan Bravo agentes antiterroristas, puede producir hilaridad, pero es la prueba, no por absurda menos preocupante, de las «enseñanzas» que se están impartiendo a los jóvenes vascos.

Juan BRAVO



Rt 5 '99